

ESTRENANDO MILENIO EN EL RODRIGO CARO

Mercedes Sánchez Infante

PRESENTACIÓN

Me llamo Mercedes Sánchez Infante, estudié en el Rodrigo Caro entre los años 1999 y 2004, pues realicé 1º de ESO en el IES San José. Posteriormente hice la Licenciatura en Biología por la Universidad de Sevilla, terminando en 2012. Es una carrera que abarca diversas ramas y a modo de conocer mejor las que más me atraían estuve de alumna interna en el Departamento de Ecología y posteriormente en el de Botánica, llegando a publicar un libro sobre etnobotánica derivado de un trabajo de una de las asignaturas.

Conocí la etología a final de carrera y quise especializarme en este campo, pero las escasas salidas posibles hicieron que me decantase finalmente por estudiar entre 2012 y 2014, el máster en Biotecnología Ambiental, Industrial y Alimentaria que ofertaba la Universidad Pablo de Olavide. Realicé las prácticas del mismo en una empresa llamada *Biomedal* en el último curso, llevando a cabo el trabajo fin de máster sobre microencapsulación de microorganismos como herramienta de detección masiva. Posteriormente en esta misma empresa, me ofrecieron continuar con una beca para seguir investigando en el mismo campo, con otras bacterias, en un proyecto europeo y tuve la suerte de que más adelante quedara una vacante en 2015 y me contratasen para continuar con otro tipo de proyectos y servicios, aprendiendo diversas técnicas de biología molecular en el ámbito de la purificación de proteínas, PCR, inmunoensayos de tipo ELISA, o producción de plásmidos y transformaciones bacterianas.

El posible futuro incierto de la empresa privada me llevó a plantearme optar por la enseñanza, realizando el máster de profesorado en la especialidad de Biología y Geología en la Universidad Pablo de Olavide en 2015-2016, aprobando las oposiciones en la convocatoria de 2018, sin plaza, por lo que sigo trabajando en el laboratorio.

Recientemente una empresa americana llamada *Hygiene* adquirió algunas divisiones de la empresa en la que estaba trabajando, entre ellas la de Investigación y Desarrollo, de la cual formo parte como investigadora, y ahora nos dedicamos a la realización de inmunoensayos de flujo lateral desde finales de 2018, del tipo de las tiras de embarazo que puede conocer todo el mundo, pero nosotros lo enfocamos a la detección de alérgenos en alimentos.

Cuando era pequeña realizaba natación y mi pasión por este deporte derivó a que me pasase al lado oscuro y me metiese a árbitro en 2005, tanto de Natación, como de Natación artística (antes conocida como sincronizada), para conseguir un poco de dinero mientras que estudiaba la carrera. Mi trabajo me permite tener los fines de semana libres, así que muchos de ellos los sigo dedicando a arbitrar tanto en campeonatos andaluces, como nacionales.

Entre otras de mis aficiones se encuentran la de tocar instrumentos como la flauta, el flautín o el piano, realizar encaje de bolillos, senderismo, patinar o pintar en cerámica. También he vuelto a retomar la natación esta temporada y compito en un equipo máster en Campeonatos de Andalucía.

EL RODRIGO CARO

Érase cada vez y cada día, un lugar no demasiado lejano llamado Rodrigo Caro, a modo de fortaleza, situado en una localidad sevillana llamada Coria del Río. Allí, numerosos jóvenes acuden a aprender sobre diferentes



materias, de lunes a viernes, acompañados por un numeroso grupo de profesores y personal auxiliar. El citado lugar cuenta con aulas provistas de sillas y mesas, un gimnasio, un patio con pistas deportivas, el salón de actos, el bar, la capilla, la biblioteca, los laboratorios, entre otras estancias que seguro que me dejo atrás, y sobre todo, con muchas anécdotas que van quedando por cada uno de sus rincones.

En algún momento yo fui como esos jóvenes.

Recuerdo que el primer día que atravesé la cancela

todo me pareció enorme: las escaleras, el patio, las aulas, hasta los otros alumnos que me iba encontrando por el pasillo, se veían muy mayores. Poco a poco acabaría menguando todo, de forma inversamente proporcional al tiempo que llevaba asistiendo al Centro.

Aunque hace bastantes años que finalicé mis estudios allí, aún recuerdo ciertas cosas...

El timbre

Con ese sonido tan característico, y que más de un susto nos dio alguna vez para sacarnos del ensimismamiento en que nos hubiésemos sumido. Era algo tan sencillo, pero a su vez contaba con muchos significados diferentes: alegría, porque al fin tocaba gimnasia, nerviosismo, ahora viene el recreo y ahora veré al chic@ que me gusta, miedo, empieza el temido examen, rabia, se

ha acabado el tiempo y no lo he podido terminar, tristeza, es hora de irse a casa, ¿o eso era alegría también?

El bar

Ese lugar al fondo del todo del edificio, donde aprendías que era mejor pedir perdón que permiso, ya que si no, se pasaba el tiempo y te quedabas sin tostada, o sin chuches.

El patio

Lugar de culto donde los alumnos se distribuían por edades, o aficiones, con el fin de establecer relaciones sociales entre ellos, de todo tipo. Estaban los deportistas, que se situaban en las pistas jugando al voley o al baloncesto, los que repasaban para el examen de la siguiente hora, o los que dábamos vueltas y más vueltas al circuito para no perdernos nada.

El gimnasio

Un edificio bastante controvertido en sí mismo. En el interior se realizaban prácticas beneficiosas para la salud y el cuerpo humano, como gimnasia deportiva, acrosport, o hockey, y en el exterior pues era más bien lo contrario. Únicamente indicaré que una de sus paredes, al menos en aquellos tiempos, escapaba a la visión prácticamente hasta que te aproximabas por el lateral, y en otoño la hojarasca hacía bastante ruido al ser pisada.

Los compañeros

Esos congéneres con los que compartías alegrías y sufrimientos, y realizabas tareas en grupo, tanto extra como oficiales, y por las que, en consecuencia, podían ponerte una calificación, o un parte. Cada curso ibas haciendo nuevas amistades, según te fuese tocando uno u otro grupo, o el itinerario que escogieses.

Los profesores

Había una gran diversidad, y no me refiero sólo a género, también en cuanto a rasgos físicos, tipo de metodología empleada para el desempeño de su docencia, o incluso carácter. Recuerdo que eran seres incitadores a la creatividad entre otras cosas, ya que había pocos que no tuviesen un apodo y más de una vez nos hacían inventarnos alguna historia fantástica sobre los extraños gustos alimenticios de nuestras mascotas para evitar una reprimenda. Yo ponía bastante atención en concreto a todas y cada una de las cosas que decían. Tengo entendido que hoy en día se les da mucho uso a las agendas, en mi época no era así y me daba pena tirarlas mayormente vacías al finalizar cada curso. Así que un año decidí aprovecharla para anotar en ella cada día todas las frases “divertidas” que pronunciasen los profesores en clase. Me faltó papel, la verdad. A final de curso se la fui enseñando uno por uno a todos y parece que les gustó la idea, porque me la fueron firmando como recuerdo. Es, como uno de ellos me escribió en su dedicatoria, un verdadero trabajo de periodismo, y contiene muchas enseñanzas para la vida.

Las asignaturas

Ese cúmulo de disciplinas a interiorizar, compuestas por conocimientos, a los que la mayoría de las veces no encontrábamos el sentido conocer, pero que conforme hemos ido avanzando en otros estudios o en la vida misma, nos hemos dado cuenta de que algunos sí que tenían una función más o menos importante. Muchas veces era complejo elegir, por ejemplo entre ciencias y letras, otras no tanto, como entre ética y religión.

Las vivencias

Solemos entrar en el Instituto con unos 12 años y salir con casi 18, si todo va bien, hay otros que tienen que esperar a que les den la condicional. Todos esos años dan para generar muchos recuerdos, de los que nuestro disco duro almacena al final únicamente aquellos que considera más relevantes. He de decir que es bastante discriminatorio el proceso en sí y también ilógico en ocasiones, pero es así. Y a veces empiezas a pasear por tu mente y encuentras verdaderas obras de arte, en el más irónico sentido de la palabra.

Recuerdo que entre las peores cosas que te podían suceder a principios de curso, aparte de que te mostrasen la relación de profesores que te habían asignado, o que empezasen a poner fechas para los exámenes, era que te tocase gimnasia a última hora, porque era insufrible cuando comenzaba el calor. Pero conforme subías de curso tampoco querías que fuese demasiado temprano, porque estabas sudado todo el día, y despeinado. Había un día que nos traía un poco revolucionados: el de San Valentín. Los alumnos de último curso recogían las cartas que cualquier alumno quisiera escribir durante toda la semana anterior a la festividad, y el mismo 14 de febrero las entregaban en clase. Era una práctica un tanto peligrosa y nos solíamos guardar las espaldas escribiéndonos cartitas entre las amigas, por eso de no parecer una solitaria de la vida y por si algún admirador secreto se animaba a escribirte, que se camuflase también. Estaba todo muy meditado.

Entre otras imágenes que están viniendo a mi mente mientras que escribo este relato, está cuando concursamos en un programa de televisión y ganamos un viaje a Granada, las canciones o dramatizaciones de la clase de Francés, los chascarrillos en Historia, crear estructuras pegando palitos con una pistola de pegamento en Tecnología, los aprendizajes sobre el cuerpo humano en Ciencias Naturales, pasar de La Vida de Brian a la de Santa Teresa de Calcuta en Religión, los intentos de la de inglés porque pronunciásemos algo mejor pero acababa corrigiéndonos hasta el Castellano, los experimentos bomba en el laboratorio de Física y Química, que terminaba oliendo a cadáver cuando llegaba el examen, derivar las Matemáticas para integrarlas mejor, el test de Cooper en el patio con un radiocasete, las perspectivas caballerías (de todo tipo), las excursiones, o cuando al recibir un examen final de Lengua en el último curso de bachillerato, el texto a comentar estaba firmado por mí, precisamente.



Soy bastante dada a parafrasear canciones, y hay una que dice que “somos el resultado de todo lo que hemos vivido”, y no podría estar más de acuerdo con dicha afirmación. Creo que el Instituto es una etapa muy importante para la vida de cualquier persona, y bromas aparte, los años que pasé en el Rodrigo Caro los recuerdo con mucho cariño, como un tiempo de aprendizaje personal

que me ha ayudado a llegar a ser lo que soy hoy día. Este proceso de rememorar para poder escribir estas líneas me ha servido para darme cuenta de dónde proceden muchas de las manías que tengo, de por qué me gusta hacer tal o cual cosa, o para echarme unas risas con las viejas agendas que aún tengo guardadas. El tiempo cuando eres “mayor” es muy diferente al de cuando eres un adolescente, y aunque yo intento no ser demasiado aburrida en mi vida cotidiana, y trabajo en un lugar en el que la creatividad es una cualidad muy apreciada para conseguir resolver la infinidad de problemas que nos surgen cada día, lo cierto es que algo gris sí que te vuelves. Viene bien volver a tus raíces de vez en cuando y tomarte la vida con otra filosofía, ya sea la de Descartes, o la de Platón.

Felicidades al Centro por su Cincuentenario, y a todas las personas que le han dado forma durante todos estos años, pues sin ellas, el Rodrigo Caro hubiese sido sólo un edificio más.

¡Por muchos años más!

*29 de abril de 2019
Coria del Río*